

no cruenta y hasta con las burlas y menoscambios de los sabios del siglo de la verborruidad, del siglo XIX que todo lo hizo consistir en juegos de palabras sin fundamento de razones, y por eso en su altiva ignorancia rióse atrevido, con Voltaire, de toda verdad divina y filosófica; pero la Iglesia Católica se refugiará por un momento en los desiertos, o irá a esconderse en las Catacumbas, o velará poderosa su rostro de virgen ante las diatribas de los espíritus satíricos del siglo pasado; pero, cuando suene su hora, la que se aleja, para evitar provocaciones y mayores crímenes, saldrá al palenque de la lucha ostentando las sublimes verdades de su credo, pregonando con hechos las prácticas de su moral cristiana, única salvadora de la sociedad y pacificadora de la misma, y señalando a los cielos, en donde está la Patria verdadera de los hombres. Esta fe de nuestra inteligencia y estas prácticas de nuestra voluntad y este fin inmortal de la especie humana siempre triunfan cuando entran en lucha, y así debe ser, porque la verdad, la virtud y el verdadero fin último son semillas de suyo vivificantes, y al chocar con ellas se muestran muertos el error, el vicio y las ansias de poseer los bienes de este mundo, que son por naturaleza caducos y perecederos.

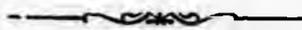
Pero, he aquí, mis amados hermanos, los asombrosos medios para vencer; la verdad, aunque amargue, se muestra con obras; la virtud se practica con menoscambio de los propios intereses, y, cuando el caso lo requiere, la fe se rubrica con heroísmos, regando con sangre los caminos del cielo; pero he aquí lo más admirable, la sangre derramada es la de los propios defensores de la fe de Cristo, ¡Oh maravillosa manera de triunfar! Perdiendo adeptos, triunfa de las muchedumbres; enviando víctimas al cielo, prepara los caminos del reinado de Dios en la tierra, y, se firma la paz entre los cristianos sacrificados y los impíos sacrificadores, con la sangre del último mártir ofrecido a Dios por los Caines de la humanidad prevaricadora.

He aquí, mis amados hermanos, lo que nos lleva sencillamente a anunciar la proposición de que hemos de tratar brevísimamente:

La vida de San Sebastián nos confirma la verdad de que la Iglesia triunfa sobre sus enemigos con la sangre de sus propios hijos.

Ayudadme a implorar los auxilios de la divina gracia antes de empezar la demostración de esta tesis tan gloriosa para los cristianos católicos y como éstos son eminentemente marianos pidamos a Dios gracia por la intercesión de la Inmaculada Reina a la que saludaremos con el ángel.

Ave María



Thema ut supra

AMADOS HERMANOS.

El hombre ama naturalmente todos los bienes que Dios ha creado en este mundo para que sean ora su indispensable sostén en esta vida, ora su riqueza, ora su regalo; pero no olvidemos que todos los bienes exteriores son estimados en cuanto son complemento más o menos necesarios para nuestra vida o para que tengamos vida más cómoda.

Corremos tras las riquezas con verdadera ansia, y exponemos nuestra vida y hasta nuestro fin eterno, con tal de conseguirlas, siquiera fuera un solo día. Con loco afán se esfuerza el ambicioso y, por llegar a la meta que ambiciona, sacrifica cuanto tiene y cuanto vale, y, porque todos lo contemplan en la altura, todo lo sufre con tesón digno de mejor causa. Y ¿qué no sacrifica el hombre por llegar a la posesión de la persona amada? ¡O terrible fuerza natural que tanto obliga y arrastra a los hombres a buscar las criaturas para sí mismos! Esta es la ley que preside todas las humanas grandezas: es más, en el mundo, el que más posee, ya sean riquezas, ya ho-